

Una cosa es una cosa

Mónica Lavín

Mónica Lavín —Ruby Tuesday no ha muerto, Café cortado, La más faulera— nos relata con su habitual maestría los amores de dos hermanas que, como las caras de una misma moneda, están unidas irremediablemente. Una es rubia y la otra morena, son distintas, pero aún ante el amor, hay cosas que no se perdonan.



*Caín andaba por allí,
pero el cariño entre los Nilsen era muy grande...
La intrusa, Jorge Luis Borges*

*dijeron sólo es un muerto
es el papá de las dos
eran la Rubia y la Negra
hembras de mucho valor.*

*Corrido de La rubia y la morena
Fredy Bojórquez*



Pablo Picasso, *La musa*, 1945

Lo supe en el desayuno cuando la Negra bajó con su cara muy modorra y la esclava en la muñeca.

—De cuando acá tan enjoyada para desayunar frijoles.

Se ruborizó todita y puso la mano donde la inicial estaba dibujada con brillantes.

—Me trata bien el canijo y tiene mucho dinero.

Como que no quise oírla y metí la cuchara en el plato porque andaba pensando en los besos que el hombre me daba en el cuello y por la espalda. Nada más mirar a la Negra supe que sus ojos naufragaban por los restos de caricias en su piel.

—Mira bien dónde te metes —le dije siendo yo la mayor—. No vayas a salir trasquilada.



Pablo Picasso, *Pareja de amantes*, 1970

El muy pendejo no sospechaba que se había ido a meter con mujeres de la misma casa. Se cuidaba de que fueran diferentes quienes patrullaban a sus damas. Camionetas distintas pasaban por la Negra y por mí aunque detrás de esos vidrios oscuros el mismo hombre era el que mandaba. No quería que la lengua se soltara para enredar a las que con acierto tripulaba. Los sábados pasaban por mí en el supermercado, ahora los jueves pasaban por la Negra. Mi mamá siempre dijo que éramos muy distintas: la Negra frágil y morocha y con grandes ojos pestañudos, yo blanca y grandota y con pecas en los hombros.

—Si no tuvieran las mismas manos, juraría que me equivoqué de papá cuando las traje al mundo —presumía la jefecita.

Pero no iba a quedarme sola con el secreto de dos, así que un viernes bajé con la misma esclava abrochada en mi muñeca. La Negra no se había dado cuenta porque andaba con los ojos hinchados y descolocados.

—¿Dónde anduviste, manita, que te veo muy amolada?

—Por unos sitios oscuros donde se bebe y se inhala y se frotan los cuerpos cuando se baila muy pegadito. Y los cojines son satinados y todo brilla como el oro. Hasta la piel la rocían con un polvo pegajoso que los hombres lamen cuando bailan con sus mujeres.

Yo nada más la escuchaba porque conocía el lugar y la lengua del mismo hombre despertando mi arrebato.

“Véngase mi Rubia de oro que combina con la esclava, para que vaya sabiendo que sólo yo soy dueño de esos pezones de miel, que en su laberinto desteñido sólo entra quien sabe dar señorío a cualquier hierba silvestre. Potranca de mis desvelos, ya quiero montarla a pelo para que se me alebreste toda y sepa que sobre su g rupa manda este general”. Tanta palabra lasciva, tanta potencia la de él, me hacían ser reina servil, chuparle lo que él quisiera y tenderme de tapete. Yo andaba pensando que de tan ocupado en sus negocios sólo tenía un día para mí y los demás para su esposa, y para nada me quejaba pues yo no ando deshaciendo hogares. De todos modos, a mí me gustaba este lado. Donde no hay que lavarle las camisas al rey ni aguantarle sus malos olores. Solita a la diestra del señor, de mi señor. Así rapidito se me pasaba la semana en la caja registradora. Así las uñas nacaradas tenían su propósito los sábados. Yo era un pastel cocinándose durante cinco días, el sexto estaba en mi punto. Y él conocía ese punto de mi punto. Y luego me daba esos vestidos en cajas de mucho papel y esos zapatos de cristal y brillos porque le gustaba no sólo desvestirme, sino vestirme con esmero, como si fuera su muñeca. Una esclava para mi muñeca, me dijo el día que me regaló la joya. Para tu muñeca, s e

Nada más mirar a la Negra supe que sus ojos naufragaban por los restos de caricias en su piel.

Era un mayo caluroso y andábamos por la casa con ropa muy ligerita y con la esclava en las muñecas...

rió mientras la afianzaba justa en el grosor de mi brazo y añadió:

—Póngasela cada noche para que nadie se meta con el ganado ajeno.

Yo andaba marcada y me preciaba de ello. Pero había más en los prados del señor.

La Negra seguía como en un trance mal habido, y así flotando entre tibiezas siguió:

—Mi hombre me llevó a una recámara con botellas de champaña y me desnudó despacio y me comió de a poquito y me hizo princesa bajo el capitel de esa cama decorada de brocados.

La Negra suspiró y yo la devolví a este mundo colocándole en los ojos el brillo de mi esclava. Y la Negra así

forzada salió del estupor y enfocó sus ojos garzos y reconoció la inicial. Ya iba a protestar el hurto de la joya que era de ella, pero en su puño descubrió que aún llevaba la suya: la esclava marcada.

—Tenemos el mismo hombre y no nos va a malquistar —le dije. No estaba yo dispuesta a compartir los placeres y que cada mañana se me agriara el carácter pensando que el cabrón la hacía gozar como a mí. Mal haya sus muchos pesos y los pistoleros que lo rodean. Ni tú ni yo lo tendremos. Que se vaya a la chingada.

La Negra me miró suplicante. Como yo era la hermana mayor, ella no protestó.

—Somos hermanas primero —le dije por subrayar.

Los hombres pasaron el sábado en la camioneta del señor y yo les dije: Lo siento, ya me voy para mi casa estoy muy enferma hoy. Pasó lo mismo el jueves cuando mi hermana salió y les dijo que ese día su salud no le permitía reunirse con el señor.

El domingo comimos machaca y no encontramos de qué hablar. Nos mirábamos las manos con las uñas maltratadas. La Negra se había opacado y yo quería empezar de nuevo a fumar. Las muñecas sin esclavas daban fe de nuestro acuerdo. Pasó de nuevo la semana y el sábado me fui a la casa caminando para quitarme la maldita desazón. Una camioneta me empezó a seguir. Desde una de las ventanas, el mismito señor en persona me retó:

—Rubia, ¿por qué me desprecias? ¿Qué te falta conmigo?

Llegué de madrugada cuando la Negra dormía y no pude levantarme al desayuno temprano. Cuando el viernes la vi en su cama ya entrado el sol en los cuartos, sospeché que había vuelto a las andadas. Pensé que si éramos hermanas por qué no habíamos de compartirlo.

Nos volvieron las risas que son propias de las reinas y las princesas coronadas. El cuerpo andaba erguido y la casa muy colmada de vestidos y zapatos nuevos. Las dos cuidábamos ese acuerdo del silencio. Yo me tragaba los jueves el gahuate de celos pensando que era a ella, a la Negra tan callada, a la Negra tierna tierra, a la que mi hombre penetraba. Y a ella váyase a saber que zozobras la ocupaban.

Era un mayo caluroso y andábamos por la casa con ropa muy ligerita y con la esclava en las muñecas, exhibiendo sin tapujos que éramos bien compartidas, cuando le vi un moretón en el hombro derecho.

—¿Te anda pegando el canijo?



Pablo Picasso, *Dos muchachas*, 1943

Asintió demudada. Entonces hicimos el plan, porque una cosa es una cosa. A mí me tocaba el sábado que me sacara a pasear. Me llevó al antro muy lejos de la ciudad. Estuve muy rejega y casi no quise bailar, le dije que mi muina era por acordarme de aquel hombre que se llevó al hijo que tuve a los quince años. Y me salió de veras la rabia porque mientras mentía, pensaba en su sexo entrometido lastimando a mi hermanita y en los golpes que le diera por no ser acomedida.

A lo que él respondió:

—Rubia, con Malverde lo arreglamos.

Allí vamos con sus hombres a la capilla del santo. Mi señor insistiendo si quería yo llevarme una redoba para que el santo me atendiera con más velocidad y me trajera a mi hijo de nuevo para acá.

—Prefiero en el silencio hablar con el santito. Aunque un poco de dinero tal vez sea de mucho bien —le dije muy mimosita pensando en los billetes que habíamos de necesitar.

Cuando llegamos a la capilla, vi la troca que la Negra había pedido prestada. Los hombres de mi señor se quedaron afuera y nosotros buscamos un recoveco donde al santo se le pudiera rezar. Yo sabía que la Negra por allí andaba escondida para que nuestro hombre no la identificara. Él se pavoneaba sabroso, seguro de complacerme. Frente al cristal con el retrato, los dos nos hincamos porque también él le debía su suerte al tal Malverde.

—Rapidito —me dijo al rato, afilando el olfato de buitre, pues yo seguía con la cara hundida entre las manos invocando al hijo falso que quería volver a ver.

—Faltan los billetitos que me dijiste, rey —le dije con la boca fruncida.

Cuando el hombre se agachó para colocar el fajo a los pies de la figura, salió la Negra de atrás de la columna y le pegó un martillazo que le ahuecó la cabeza. Ni un grito dio el piadoso.

—¿Y si no está bien muerto? —dudó la Negra.

—Con el santo acaba de morirse.

Aventé el chal que me cubría sobre la cabeza malherida y el reguero de sangre en el altar, así parecía que el hombre seguía hablándole al santo. Recogí el fajo y a Malverde le agradecí. Salimos juntas. Yo daba el brazo a mi hermana cubierta de velo negro.

—Voy a acompañar a la señora en su dolor que es

familia y aquí nos vinimos a encontrar —dije a los hombres que me rodearon suspicaces.

Dieron sus condolencias a la afligida señora y muy de pasadita a mí.

—El señor está todavía con Malverde y pidió un rato más solito. Ya ven que él y el santo tienen sus pactos secretos.

Y dejando a los hombres un tanto confundidos, la Negra y yo arrancamos. Abandonamos la troca unos kilómetros más delante y en auto rentado —como habíamos convenido—, mi hermana y yo nos fugamos. Las pulseras en el brazo y un hueco en el corazón. Las dos íbamos llorando una muerte compartida. **U**



Pablo Picasso, *Desnudo en cuclillas*, 1944

Mi mamá siempre dijo que éramos muy distintas: la Negra frágil y morocha y con grandes ojos pestañudos, yo blanca y grandota y con pecas en los hombros.